

que Cornelia le daba; y como habian oido decir á don Juan que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho á Ferrara, sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho, y poco á poco por no encontrarse con ellos; y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á D. Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli: de los cuales se dice que en el camino supieron que el duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y así, dejando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, ó á la estrada maestra, como allí se dice, considerando que aquella habia de traer el duque cuando de Bolonia volviese.

Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por él alguno venia, vieron un tropel de gente de á caballo, y entónces dijo D. Juan á Lorenzo que se desviasse del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el duque, lo queria hablar allí ántes que se encerrase en Ferrara, que estaba poco distante.

Hízolo así Lorenzo, y aprobó el parecer de D. Juan.

Así como se apartó Lorenzo, quitó D. Juan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no con falta de discreto discurso, como él despues lo dijo.

En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venia una mujer sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del sol y del aire.

Paró el caballo D. Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto á que llegasen los caminantes, y en llegando cerca, el talle, el brio, el poderoso caballo, la bizarría del vestido y las luces de los diamantes, llevaron tras sí los ojos de cuantos allí venian, especialmente los del duque de Ferrara, que era uno de ellos, el cual como puso los ojos en el cintillo luego se dió á entender que el que le traia era D. Juan de Gamboa, el que le habia librado en la pendencia; y tan de veras aprendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hácia D. Juan, diciendo:

—No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo D. Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion y el adorno de ese capelo me lo están diciendo.

—Así es la verdad,—respondió D. Juan,—porque jamas supe ni quise encubrir mi nombre; pero decidme, señor, quién sois, porque yo no caiga en alguna descortesía.

—Eso será imposible,—respondió el duque,—que para mí tengo que no podeis ser descortés en ningun caso: con todo eso os digo, señor D. Juan, que yo soy el duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no há cuatro noches que vos se la disteis.

No acabó de decir esto el duque, cuando D. Juan, con extraña ligereza, saltó del caballo y acudió á besar los piés del duque; pero por presto que llegó, ya el duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apearse en brazos de D. Juan.

El señor Lorenzo, que desde algo léjos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al duque y á D. Juan, que ya habia conocido al duque.

El duque, por cima de los hombros de D. Juan, miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó á D. Juan si Lorenzo Bentibolli, que allí estaba, venia con él ó no.

A lo cual D. Juan respondió:

—Apartémonos algo de aquí, y contaréle á vuestra excelencia grandes cosas.

Hízolo así el duque, y D. Juan le dijo:

—Señor, Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos, no pequeña: dice que habrá cuatro noches que sacásteis á su hermana, la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonorado, y quiere saber de vos qué satisfaccion le pensais hacer, para que él vea lo que le conviene; pidióme que fuese su valedor y medianero; yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, éra-

des el dueño deste cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mio, y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: queria yo agora, señor, me dijédes lo que sabeis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice.

—¡Ay, amigo mio!—respondió el duque;—es tan verdad, que no me atreveria á negarla aunque quisiese: yo no he engañado ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa; no la he sacado, porque no sé della: si públicamente no celebré mis desposorios, fué porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo último) pasase desta á mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mántua, y por otros inconvenientes quizá más eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan: lo que pasa es que la noche que me socorristes, la habia de traer á Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase; ó ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido, cuando llegué á su casa hallé que salia la secretaria de nuestros conciertos; preguntéle por Cornelia, díjome que ya habia salido, y que aquella noche habia parido un niño, el más bello del mundo, y que se le habia dado á un tal Fabio, mi criado: la doncella es aquella que allí viene; el Fabio está aquí, y el niño ni Cornelia no parecen; y yo he estado estos dos dias en Bolonia esperando y escudriñando oír algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada.

—De modo, señor,—dijo D. Juan,—que cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen, ¿no negaréis ser vuestra esposa y él vuestro hijo?

—No por cierto; porque aunque me precio de caballero, más me precio de cristiano; y más que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino: pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá que si supe ser su amante, supe la fe que dí en secreto guardarla en público.

—Luégo ¿bien direis,—dijo D. Juan,—lo que á mí me habeis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo?

—Antes me pesa,—respondió el duque,—de que tarde tanto en saberlo.

Al instante hizo don Juan señas á Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ajeno de pensar la buena nueva que le esperaba.

Adelantóse el duque á recibirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dijo fué llamarle hermano.

Apénas supo Lorenzo responder á salutación tan amorosa, ni á tan cortés recibimiento: y estando así suspenso, ántes que hablase palabra, don Juan le dijo:

—El duque, señor Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia: confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí lo dirá públicamente cuando se ofreciere: concede asimismo que fué há cuatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fué por Cornelia encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no habia una hora que habia parido, y que ella dió la criatura á un criado del duque, y que luégo Cornelia, creyendo que estaba allí el duque, habia salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos: Sulpicia no dió el niño al criado del duque, sino á otro en su cambio: Cornelia no parece; él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca, la recibirá como á su verdadera esposa: mirad, señor Lorenzo, si hay más que decir, ni más que desear sino el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas.

A esto respondió el señor Lorenzo arrojándose á los piés del duque, que porfiaba por levantarlo.

—De vuestra cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mio, no podíamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrambos nos haceis: á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el número de vuestros criados.

Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que pareceria flaque-

za dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron á encerrar en los ojos; y los de don Juan alegres casi les pedían las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.

En esto estaban, cuando se descubrió don Antonio de Isunza, que fué conocido de don Juan en el cuartago desde algo léjos, pero cuando llegó cerca se paró, y vió los caballos de don Juan y de Lorenzo, que los mozos tenían del diestro, y acullá desviados: conoció á don Juan y á Lorenzo, pero no al duque, y no sabía qué hacerse, si llegaría ó no adonde don Juan estaba: y llegándose á los criados del duque, les preguntó si conocían á aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al duque.

Fuéle respondido ser el duque de Ferrara: con que quedó más confuso y ménos sin saber qué hacerse; pero sacóle de su perplejidad don Juan llamándole por su nombre.

Apeóse don Antonio, viendo que todos estaban á pié, y llegóse á ellos: recebióle el duque con mucha cortesía, porque don Juan le dijo que era su camarada.

Finalmente, don Juan contó á don Antonio todo lo que con el duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo don Antonio, y dijo á don Juan:

—¿Por qué, señor don Juan, no acabais de poner la alegría y el contento destes señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo?

—Si vos no llegáades, señor don Antonio, yo las pidiera, pero pedidlas vos, que yo aseguro que os las den de muy buena gana.

Como el duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello.

—¿Qué ha de ser,—respondió don Antonio,—sino que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa.

Y luégo les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho: de lo cual el duque y el señor Lorenzo recibieron tanto placer y gusto, que don Lorenzo se abrazó con don Juan y el duque

con don Antonio: el duque prometiendo todo su Estado en albricias, y el señor Lorenzo su hacienda, su vida y su alma.

Llamaron á la doncella, que entregó á don Juan la criatura, la cual, habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntáronle si conocería al hombre á quien habia dado el niño. Dijo que no, sino que ella le habia preguntado si era Fabio, y él habia respondido que sí, y con esta buena fe se le habia entregado.

—Así es la verdad,—respondió don Juan;—y vos, señora, cerrastes la puerta luégo, y me dijiste que la pusiese en cobro y diese luégo la vuelta.

—Así es, señor;—respondió la doncella llorando.

Y el duque dijo:

—Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas: el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luégo á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia.

Y sin más decir, de comun consentimiento dieron la vuelta á Bolonia.

Adelantóse don Antonio para apercibir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del duque y de su hermano; pero como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el más triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia.

Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo dia que ellos habian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron.

Fuera de sí quedó don Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el duque los tendria por mentirosos ó embusteros, ó quizá imaginaria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia.

En esta imaginacion estaba, cuando entraron el duque, y don Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demas gente fuera de la ciudad, llegaron á la casa de don Juan, y hallaron á don Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla, y con una color de muerto.

Preguntóle don Juan qué mal tenía y dónde estaba Cornelia. Respondió don Antonio:

—¿Qué mal quereis que no tenga? Pues Cornelia no parece, que con el ama que la dejamos para su compañía, el mismo día que de aquí faltamos, faltó ella.

Poco le faltó al duque para espirar, y á Lorenzo para desesperarse oyendo tales nuevas. Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos é imaginativos.

En esto se llegó un paje á don Antonio, y al oído le dijo:

—Señor, Santistéban, el paje del señor don Juan, desde el día en que vuestas mercedes se fueron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que así la he oído llamar.

Alborotóse de nuevo don Antonio, y más quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenía escondida, que no que la halláran en tal lugar. Con todo eso no dijo nada, sino callando se fué al aposento del paje, y halló cerrada la puerta y que el paje no estaba en casa: llegóse á la puerta, y dijo con voz baja:

—Abrid, señora Cornelia, y salid á recibir á vuestro hermano y al duque vuestro esposo, que vienen á buscaros.

Respondieronle de dentro:

—¿Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada que no podían buscarme duques y condes, y eso se merece la persona que trata con pajes.

Por las cuales palabras entendió don Antonio que no era Cornelia la que respondía.

Estando en esto vino Santistéban el paje, y acudió luego á su aposento, y hallando allí á don Antonio que pedía que le trujesen las llaves que había en casa, por ver si alguna hacía á la puerta, el paje hincado de rodillas, y con la llave en la mano le dijo:

—El ausencia de vuestas mercedes, y mi bellaquería, por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches á estar conmigo: suplico á vuesa merced, señor don Antonio de Isunza, así oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor don Juan de Gamboa, que no se lo diga, que yo la echaré al momento.

—Y ¿cómo se llama la tal mujer?—preguntó don Antonio.

—Llámase Cornelia,—respondió el paje.

El paje que había descubierto la celada, que no era muy amigo de Santistéban, ni se sabe si simplemente ó con malicia bajó donde estaban el duque, don Juan y Lorenzo, diciendo:

—Tómame el paje, por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia: escondida la tenía: á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores para alargar el *gandeamus* tres ó cuatro días más.

Oyó esto Lorenzo, y preguntóle:

—¿Qué es lo que decís, gentil-hombre? ¿Dónde está Cornelia?

—Arriba,—respondió el paje.

Apénas oyó esto el duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que había parecido, y dió luego en el aposento donde estaba don Antonio, y entrando dijo:

—¿Dónde está Cornelia, dónde está la vida de la vida mía?

—Aquí está Cornelia,—respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama, y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo:—¡Válanos Dios! ¿es este algun buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones?

Lorenzo, que estaba presente, con despecho y cólera tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y de no mal parecer, la cual de vergüenza se puso las manos delante del rostro y acudió á tomar sus vestidos, que le servían de almohada, porque la cama no la tenía, y en ellos vieron que debía de ser alguna picara de las perdidas del mundo.

Preguntóle el duque que si era verdad que se llamaba Cornelia: respondió que sí, y que tenía muy honrados parientes en la ciudad, y nadie dijese desta agua no beberé.

Quedó tan corrido el duque que casi estuvo por pensar si hacían los españoles burla dél; pero por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fueron, dejando á don Juan y á don Antonio hartos más corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles y aun imposibles en buscar á Cornelia y satis-